



luego dejado a rienda suelta. Es una técnica un poco de locos pero los tres libros infantiles que he escrito los he hecho de ese modo, una manera muy distinta a como me planteo aquellos que escribo para adultos.

EL ADULTO ES CURSI; EL NIÑO, NO. Creo que el mundo de la literatura infantil está pervertido por varios personajes-tipo. Uno es el editor infantiloides, el editor que “se quiere sentir como un niño” y que tiene la extraña creencia de que los libros infantiles son en última instancia para ese tipo de adulto cursi que piensa que se le perdió algo en la infancia o vete a saber qué, cuando en realidad la mente de un niño se parece más a un concierto *punk* que a otra cosa. Un niño no tiene nostalgia ni melancolía de nada, eso es un sentimiento adulto, pero este mundo está lleno de libros para niños que apestan a melancolía. El peor de todos, el libro más odiado por los niños, la peor maldad que se le ha hecho al niño en aras de sentir un pequeño escalofrío de cursilería sin igual es *El Principito*. Me gustaría hacer un acto público de quema de *El Principito*, sería una hoguera purificadora. El otro personaje-tipo es el editor biempensante que quiere hacerle encajar al niño sus principios morales (casi siempre biempensantes y progresistas) con lo que se consigue una literatura instrumental, llena de buenos sentimientos de cartón piedra que el niño se traga como una cucharada de aceite de hígado de bacalao para después odiar la lectura con toda la santa razón. Los otros son los que pretenden evitarles a los niños palabras con las que ellos se comunican de una manera natural: muerte, amor, enfermedad, afecto físico, exclusión... Esas cosas tienen que estar en los libros. Ya está bien de

hablar de cigüeñas. O, como dijo aquel gracioso niño español: “Lo de la cigüeña está bien, mamá, pero a la cigüeña ¿quién se la folla?” –

¿Cuándo voy a escribir  
libros para adultos?  
Ni idea

**JAIME ALFONSO SANDOVAL**



uando le digo a alguien que escribo “libros para niños”, por lo general recibo dos reacciones. Los hay quienes sonríen plácidamente y me catalogan como el hijo que tuvo una maestra educadora con un saltimbanqui. Entonces me dicen: “Ah, qué tierno. Ojalá puedas ir a la escuela de mis hijos a contarles cuentos.” Y están los otros, los que levantan la ceja (esos me preocupan más) y preguntan: “¿Y algún día vas a escribir para adultos, algo *de verdad*?” Como si yo fuera un escritor que hiciera obras *de mentira* y tan miedoso que no me atrevo a graduarme del preescolar literario.

Las imágenes no sirven para aligerar la lectura, son una lectura en sí

PALOMA VALDIVIA



iento pasión por los niños, y no solo por los de ahora, sino por las infancias de todas las personas, independiente del lugar o la época donde hayan nacido. La infancia es ese territorio común que compartimos todos con más intensidad que otros momentos vitales, un breve periodo de

tiempo que queda latente hasta el último de nuestros días. Para mí, es la etapa más importante, la que forma nuestra personalidad y genera nuestra actitud ante la vida.

Siempre me gustó dibujar, leer y contar historias. Los primeros libros que escribí e ilustré no los hice necesariamente pensando en los niños, los hice pensando en responder ciertas dudas que yo tenía cuando niña. Por ejemplo, en *Es así* intenté darme una respuesta tranquilizadora acerca de la muerte, visualizándola desde el todo, del ciclo de la vida, que nacer y morir son solo instantes y que lo importante es lo que hay entremedio, la vida, y esta hay que disfrutarla.

Cuando hago libros los hago pensando en que podrían ser para todos. Yo he coleccionado y disfrutado libros álbum en todo momento; algunos de ellos, a pesar de tener muy pocas palabras, pueden generar emociones y reflexiones, a veces, mucho mayores que un libro lleno de letras y pensado para un adulto. Como *El pato y la muerte*, de Wolf Erlbruch, que provoca reflexiones y pensamientos positivos sobre lo que significa morir.

Conversando con otros autores, me he dado cuenta de que, casi todos, coincidimos en tener una enorme memoria de nuestra infancia. Corresponde también con el trabajo del artista, en general, que estamos muy conectados con ese primer tiempo de vida. Desde ahí, para mí, es muy fácil vincularme con los sentimientos que tenía de niña, con lo que me gustaba ver o me gustaba escuchar, con la posición que tenía frente a ciertos temas relevantes. Recuerdo con nitidez la primera vez que escuché ciertas palabras y pregunté su significado; y ante las respuestas, recuerdo cómo se me iba armando todo un mundo en torno a esas nuevas palabras y conceptos. Lo mismo con las imágenes que veía en libros de pintores: pienso en el enorme placer que me daba mirar por largo rato el cuadro *Juegos de niños* de Pieter Brueghel.

Creo que la maternidad, en cierto modo, ha cambiado mi modo de ver la literatura infantil. Hoy me doy cuenta de que el mundo de los niños, al igual que el mundo de los adultos, es también un mundo complejo, lleno de preguntas, miedos, reflexiones. Es ahí donde viene la intervención del adulto, del autor. Creo que los libros pueden ayudar mucho en eso, con temas inteligentes, soluciones positivas, estableciendo una comunicación sencilla y sin pretensiones con temas complejos, ayudando a pensar, generando momentos de tranquilidad, conversación, cariño.

Bien, como guionista escribo para adultos: series políticas, melodramas, de investigación, informativos, he hecho de todo; pero lo que en verdad disfruto, y creo que haré hasta que rompa mi último teclado, es escribir literatura para niños y jóvenes. Lo hago porque sí, sin motivo aparente; pero si debo buscar razones, aquí hay algunas cuantas:

Primero, porque en un país con tan desastrosos índices de lectura como México urge crear nuevas generaciones de lectores. La infancia y la adolescencia son terrenos ideales para construir la pasión por los libros. Es curioso que cuando alguien cita la lista de sus libros favoritos siempre hay alguno leído en ese periodo. La impresión que puede causar un libro en edades tempranas deja una marca (en el mejor de los casos una compañía) de por vida.

Segundo, por el desafío que representa. La literatura infantil tiene los críticos más rigurosos que hay en el mundo: sus lectores. Son prácticamente insobornables. Puedes decirles que la novela ganó el premio internacional de *nose-qué* y que la recomienda la asociación de los mil pedagogos de Suazilandia; pero no cualquiera puede atrapar el interés de una niña de cinco años con el lapso de atención de tres parpadeos, o de un adolescente de catorce años con las hormonas a tope. Y luego mantén esa atención únicamente con palabras (la parte que me toca). Lo que se dice fácil, no lo es.

Tienes que ser honesto, convincente, establecer empatía y evitar que aparezca el adulto regañón que va a dar “la lección”. Esto es lo que más odian los lectores infantiles (y lo que más aman ciertos padres de familia que buscan en el libro *valores*, como cuando rastrean la información nutricional en la caja de cereal).

Y tercero. La literatura para niños y jóvenes es un terreno donde se ejerce total libertad creativa. Se pueden tocar todos los temas, incluso los más peliagudos, con el tratamiento y la sensibilidad adecuados. En la literatura para adultos esto suele ser más complicado, y son muy claras las divisiones de las “castas literarias”, cuyo valor racial está determinado por el género. Los que escriben novela realista ven por encima del hombro a los que hacen literatura policiaca. Los que hacen novela histórica se sienten mejor posicionados que los que cultivan la ciencia ficción e incluso los que hacen ciencia ficción “dura” ven con cierta conmiseración a los que hacen ciencia ficción “blanda”. Están los de *high fantasy* y los de *fantasy* a secas. Muchos libros nacen con un estigma de subgénero, una marca de clase difícil de quitarse de encima.

Por el contrario, en la literatura infantil y juvenil conviven sin ánimos discriminatorios abuelas con duendes, maestras con robots, tierras lejanas con Xochimilco, brujas con bebés. Nadie parpadea porque haya por ahí un armario con un reino dentro, o porque una niña cambie de tamaño según lo que coma o beba, o si un pequeño príncipe hace de su hogar un asteroide. Todo se permite, se celebra y disfruta, siempre y cuando sea parte de un buen libro.

¿Cuándo voy a decidirme a escribir libros para adultos? Ni idea, pero no me frena el miedo.

Al contrario, para escribir libros para niños y jóvenes se requiere mucho valor. —

PALOMA  
VALDIVIA /  
MARÍA  
BARANDA



LETRAS LIBRES  
DICIEMBRE 2013